

---

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA.—Después FRANZ.

AMALIA. (En el jardín, cantando y tocando el laud.)—«Era  
»bello como un ángel, lleno de las delicias de Walhala;  
»bello más que todos los mancebos; celestial su mirada,  
»como el sol de Mayo, que se refleja en la superficie azu-  
»lada del mar.

»Sus abrazos me arrebatan hasta el delirio... nuestros  
»corazones latían unidos velozmente, presa del más vivo  
»ardor... nuestros labios y nuestros oídos encadenados...  
»noche para nuestros ojos, y nuestras almas volaban hacia  
»el cielo confundidas en amoroso torbellino.

»Sus besos... sensaciones del Paraíso. Como dos llamas  
»se juntan en una, como los sonidos que el arpa despide  
»forman celestial armonía, su espíritu y el mío se atraían  
»con fuerza irresistible y volaban locamente; nuestros la-  
»bios, nuestras mejillas ardían y temblaban... y el cielo y  
»la tierra desaparecían para nosotros, y el mundo entero  
»era sólo nuestro amor.

»¡Ya no existe!... En vano, ¡ay de mí! en vano lo persi-  
»guen mis suspiros. ¡Ya no existe!... y de todos los place-  
»res de la vida queda sólo un vano lamento.»

FRANZ. (Que se presenta.)—¿Otra vez aquí, entusiasta caprichosa? Has abandonado furtivamente el alegre banquete robando la alegría á los convidados.

AMALIA.—¡Lástima grande inspiran esos placeres inocentes! En tus oídos debe resonar todavía el canto de muerte, que acompañó al entierro de tu padre...

FRANZ.—¿Quieres tú acaso llorar eternamente? Deja dormir á los muertos, y haz feliz al que vive. Vengo...

AMALIA.—¿Y cuándo te vas?

FRANZ.—¡Ay de mí! Ese rostro sombrío, lleno de orgullo! Me afliges, Amalia. Vengo á decirte...

AMALIA.—Escucharé de tus labios, sin duda, que Franz de Moor es ya un señor poderoso.

FRANZ.—Sí, justamente esto quería decirte... Maximiliana ha ido á dormir á la bóveda, en donde descansan sus antepasados. Yo soy el señor ahora. Pero quisiera serlo en todo. Amalia... Tú sabes lo que has sido en nuestra casa, como una hija de Moor, y, después de su muerte, seguirás amándolo y jamás lo olvidarás.

AMALIA.—¡Jamás, jamás! ¿Quién podría olvidarlo ligeramente en alegres festines?

FRANZ.—El cariño de mi padre merece que tú lo muestres á sus hijos, y Carlos ha muerto... ¿Te admiras? ¿Te turbas? Sí, verdaderamente ese recuerdo es tan lisonjero y tan sublime, que hasta acalla el orgullo de una mujer. Franz huella bajo sus plantas las esperanzas de las más nobles jóvenes; Franz viene y ofrece su corazón á una pobre huérfana, sin su protección desvalida, y su mano, y con ella todos sus tesoros, sus castillos y sus montes... Franz, el envidiado, el temido, se declara esclavo voluntario de Amalia...

AMALIA.—¿Por qué no ha de abrazar el rayo la lengua sin pudor, que pronuncia palabras criminales? ¿Tú has asesinado á mi amante, y yo, Amalia, te he de llamar mi esposo? Tú...

FRANZ.—¡No tan cruel, princesa incomparable!... Franz, sin duda, no se arrastrará en tu presencia como un Celadon vagabundo... sin duda no ha aprendido, como los insustanciales pastores de la Arcadia, á confiar sus ayes de amor al eco de las cavernas y de los valles... Franz habla, y si no se le contesta, entonces... manda.

AMALIA.—¿Mandar tú, gusano despreciable? ¿Mandarme á mí?... ¿Y cuando se responde á tus órdenes con la sonrisa del desprecio?

FRANZ.—¡Tú no lo harás! Todavía sé yo un medio, que doblegará de lo lindo el orgullo de una cabeza obstinada y vana... El convento, los altos muros...

AMALIA.—¡Bravo, muy bien! El convento y sus altas paredes me librarán de tu mirada de basilisco, y me dejarán tiempo sobrado para pensar, para pensar en Carlos siempre. ¡Bien venido sea tu convento! ¡Bienaventurados sus altos muros!

FRANZ.—¡Hola! ¡Ya!... ¡Atiende! Tú misma me enseñas el modo de atormentarte... Este capricho eterno por Carlos ha de extirparlo de tu alma mi sola presencia, como si fuese la de las furias de cabellos de fuego; el fantasma horrendo de Franz te acechará detrás de la imagen de tu amante, como el perro encantado que guarda los tesoros subterráneos... Quiero arrastrarte por los cabellos á la capilla, arrancarte del alma, espada en mano, tu anterior juramento, subir á la fuerza á tu tálamo virginal y vencer tu desdén orgulloso con mayor orgullo.

AMALIA. (Dándole un bofetón.)—Toma antes tu dote.

FRANZ. (Colérico.)—¡Hola! ¡Ya te pagaré diez veces y otras diez veces su valor!... No mi esposa... no tendrás ese honor... serás mi concubina, y te señalarán con el dedo las honradas mujeres de los campesinos, cuando te aventuras á pasar las calles. Rechina los dientes... despide fuego y muerte de tus ojos... La rabia de una mujer me

deleita, y te hace más bella y provocativa. Ven... tu resistencia enaltecerá mi triunfo, y será mayor mi placer abrazándote á la fuerza... Ven conmigo á mi aposento... abrázame ardor febril... ahora mismo serás mía.

(Intenta llevársela á la fuerza.)

AMALIA. (Echándole los brazos al cuello.) — ¡Perdóname, Franz! (Cuando él intenta abrazarla, le arrebatla la espada, y retrocede con prontitud.) ¡Ves, malvado, lo que puedo hacer contigo ahora?... Soy una mujer, pero una mujer furiosa... Atrévete á manchar mi cuerpo con tu contacto impúdico... este acero atravesará tu lascivo pecho, y el espíritu de mi tío guiará mi mano. ¡Huye de aquí! (Échalo fuera.)

¡Ay de mí! ¡qué bienestar el mío!... ahora puedo respirar con libertad... sentíame fuerte como corcel fogoso, iracunda como la tigre que persigue á los que se llevan victoriosos á sus hijuelos... ¡En un convento, dice!... Agradezco tu feliz invención... Allí el amor desventurado encontrará su refugio... El convento... la cruz de nuestro Redentor es el puesto del amor malogrado. (Hace ademán de salir.)

HERMANN. (Que entra con misterio.) — ¡Señorita Amalia! ¡Señorita Amalia!

AMALIA. — ¡Desdichado! ¿A qué vienes á molestarme?

HERMANN. — Quiero aligerar mi alma de este peso, antes que vaya á los infiernos. (Échase á sus pies.) ¡Perdón, perdón! Os he ofendido gravemente, señorita Amalia!

AMALIA. — ¡Levantaos! ¡Dejadme! Nada quiero saber.

(Hace ademán de irse.)

HERMANN. (Deteniéndola.) — ¡No! ¡Quedaos! ¡Por Dios! ¡Por Dios eterno! ¡Todo lo sabréis!

AMALIA. — Ni una sílaba más... Yo te perdono... Véte en paz á tu casa. (Quiere irse.)

HERMANN. — Oid sólo una palabra... os devolverá por completo vuestra tranquilidad.

AMALIA. (Que retrocede, y lo mira asombrada.) — ¡Qué dices,

amigo?... ¿Quién en el cielo y en la tierra podrá devolverme mi tranquilidad?

HERMANN. — Una sola palabra de mis labios... ¡Oídme!

AMALIA. (Tomando compasiva su mano.) — Buen hombre... ¿podrá romper una palabra de tus labios el sello de la eternidad?

HERMANN. (Levantándose.) — ¡Carlos vive!

AMALIA. (Gritando.) — ¡Desventurado!

HERMANN. — ¡Es la verdad!... Otra palabra más... Vuestro tío...

AMALIA. — ¡Carlos vive!

HERMANN. — Y vuestro tío...

AMALIA. — ¡Carlos vive!

HERMANN. — Y también vuestro tío... No me descubráis... (Vase apresuradamente.)

AMALIA. (Quédase un rato inmóvil; después sale corriendo detrás de él.) ¡Carlos vive!

## ESCENA II.

Lugar junto al Danubio.

LOS LADRONES acampan en una eminencia bajo los árboles, y los caballos pastan en la colina.

MOOR. — Quiero descansar aquí. (Échase en el suelo.) Mis miembros están destrozados; mi lengua seca como un guijarro. (Schwäizer se aleja sin ser notado.) Os suplico que me traigáis un sorbo de agua de ese río... pero estáis todos cansados mortalmente.

SCHWARZ. — Y todo el vino está en nuestros pellejos.

MOOR.—¡Mirad cuán hermosos se ostentan los sembrados!.. Los árboles se vienen abajo con sus frutos... Las viñas prometen rica cosecha.

GRIMM.—El año es bueno.

MOOR.—¿Lo crees? Y así algún sudor tendrá en el mundo su recompensa. ¿Algúnó?... Pero puede caer de noche una granizada, y entonces todo se perdió.

SCHWARTZ.—Eso es muy fácil. Todo puede desaparecer pocas horas antes de la siega.

MOOR.—Lo mismo digo yo. Todo se perderá. ¿Por qué prospera para el hombre cuanto tiene de la hormiga, y es desgraciado en cuanto lo asemeja á los dioses?... ¿ó es ese el sello de su destino?

SCHWARTZ.—Lo ignoro.

MOOR.—Bien dicho, y aun mejor hecho, si nunca te has propuesto conocerlo... Yo, compañeros, he observado á los hombres; sus cuidados de abeja y sus proyectos de gigante; sus planes divinos y sus ocupaciones de ratón, así como su extraña lucha á la carrera para llegar á la felicidad... éste fiándola en el vigor de su caballo, otro en la nariz de su asno; un tercero en sus propias piernas; este lote confuso de la vida, en que tantos juegan su inocencia y exponen su porvenir por atrapar un billete premiado, y, al fin, obtienen cero, sin premio ninguno. Es un espectáculo, hermanos, que llama las lágrimas á los ojos, ó hace cosquillas en el diafragma y excita la risa.

SCHWARTZ.— ¡Qué magnífica puesta del sol allá abajo!

MOOR. (Abismado en su contemplación.) —Así muere el héroe... ¡Digno de adoración!

GRIMM.— Parece que te conmueve profundamente.

MOOR.— Cuando yo era niño, mi pensamiento favorito sólo se ocupaba en vivir y morir como ellos... (Con amargo dolor.) ¡Era un pensamiento de niño!

GRIMM.— Así lo creo.

MOOR. (Ocultando su rostro bajo el sombrero.) — Esa época de mi vida... Dejadme sólo, camaradas.

SCHWARTZ.— ¡Moor, Moor! ¡Por el diablo! ¿Qué te sucede?... ¡Cómo muda de color!

GRIMM.— ¡Diantre! ¿Qué tiene? ¿se siente mal?

MOOR.— Hubo un tiempo en que yo no podía conciliar el sueño si al acostarme había olvidado rezar mis oraciones...

GRIMM.— ¿Estás loco? ¿Te dejarás dominar ahora de los recuerdos de tu niñez?

MOOR. (Recostando su cabeza en el pecho de Grimm.) — ¡Hermano, hermano!

GRIMM.— ¿Cómo? No eres ningún niño... ruégote...

MOOR.— ¡Si lo fuese!... ¡Oh, si lo fuese de nuevo!

GRIMM.— ¡Quita allá!

SCHWARTZ.— ¡Sosíégate! Contempla este paisaje pintoresco... esta tarde agradable.

MOOR.— ¡Seguramente, amigos míos! ¡Este mundo es tan bello!

SCHWARTZ.— ¡Cierto! Bien dicho.

MOOR.— ¡Esta tierra tan soberbia!

GRIMM.— Bien... bien... tus palabras me agradan.

MOOR. (Recayendo en sus cavilaciones.) — ¡Y yo un sér tan odioso en este mundo incomparable... y yo un monstruo en esta tierra tan soberbia!

GRIMM.— ¡Ay, ay de mí!

MOOR.— ¡Mi inocencia, mi inocencia!... ¡Mirad! Toda la tierra se apresura á disfrutar de los rayos consoladores del sol de primavera... ¿Por qué yo sólo he de sufrir los tormentos del infierno, rodeado de las alegrías del cielo?... ¡Que todo sea tan feliz, animado por el espíritu de la paz!... El universo entero una familia, y el padre allá arriba... mi padre nó... yo solo el desterrado, yo solo borrado del número de los buenos... nunca para mí el dulce

nombre de hijo... nunca la mirada fascinadora de la amada... nunca, nunca el abrazo del amigo de corazón. (Retrocediendo colérico.) Rodeado de asesinos... silbando á mi rededor las viboras... encadenado al vicio por férreas cadenas... suspendido, presa del vértigo, en la caña vacilante de la culpa, sobre el abismo de la perdicion... ¡lastimero Abadona entre las flores del mundo dichoso!

SCHWARTZ. (A los demás.) — ¡Esto es incomprendible! ¡Jamás lo he visto así.

MOOR. (Con melancolía.) — ¡Ojalá que yo pudiera volver al seno maternal! ¡Que yo hubiera pacido un pordiosero!... ¡No! Yo no quisiera ya más ¡oh cielos! que ser un pobre jornalero... ¡Oh, yo me atormentaría trabajando, hasta sudar sangre en mi sueño... por recobrar el placer de una sola hora de descanso al mediodía... la dicha de una sola lágrima!

GRIMM. (A los demás.) — ¡Paciencia! El paroxismo está á punto de terminar.

MOOR. — ¡Hubo un tiempo, oh vosotros, dias de paz, en que corriais tan gratos para mí! Tú, castillo de mi padre... vosotros, verdes valles llenos de ilusiones. ¡Escenas del paraiso de mi niñez!... ¡Jamás volveréis! ¡Jamás, con vuestro soplo vivificante, aliviaréis el ardor de mi pecho!... ¡Llora conmigo, naturaleza!... ¡Jamás, jamás volverán á aliviar el ardor de mi pecho con su vivificante soplo!... ¡Perdidas, perdidas para siempre!

SCHWEIZER. (Que llega con agua en el sombrero.) — ¡Bebe, capitán!... Aquí hay agua bastante, y fría como el hielo.

SCHWARTZ. — Estás lleno de sangre; ¡qué diablo has hecho?

SCHWEIZER. — Una locura, que podía haberme costado las dos piernas y el cuello. Al deslizarme hacia el río por un montón de arena, ¡zás! se hundió bajo mi peso, y rodé desde una altura de diez pies... cuan largo era... ¡Cai; y al

recuperar mis cinco sentidos, encontré en la arena agua cristalina. Baile no mal empleado, dije; bien sabrá al capitán.

MOOR. (Devolviéndole el sombrero, y enjugándose el sudor del rostro.) — De otra manera no se verían, de seguro, las cicatrices que te hicieron en la frente los soldados bohemios de á caballo... Buena es el agua que has traído, Schweizer... Esas cicatrices te sientan bien.

SCHWEIZER. — ¡Bah! todavía queda espacio para otras treinta.

MOOR. — Sí, hijos míos... fué una tarde terrible... y sólo perdimos un hombre... mi Roller murió heroicamente. Se levantaría sobre sus restos un monumento de mármol, si no hubiera sucumbido por mi causa. Conténtate con este. (Se enjuga las lágrimas.) ¡Cuántos enemigos perecieron?

SCHWEIZER. — Ciento sesenta húsares... noventa y tres dragones... unos cuarenta cazadores... en todo, todo, trescientos.

MOOR. — ¡Trescientos por uno!... Cada uno de vosotros tiene derecho á esta cabeza. (Descubriéndose.) Yo levanto sobre ella mi puñal. Tan verdad como vive mi alma. ¡Nunca os abandonaré!

SCHWEIZER. — No lo jures. Ignoras si has de ser feliz, y si no te arrepentirás.

MOOR. — Por los huesos de mi Roller, ¡nunca os abandonaré!

KOZINSKY. (Que se presenta, y aparte.) — En este lugar, ó aquí cerca, lo hallaré... ¡Eh, hola!... ¿Qué gente es esta?... ¡Si serán?... ¿Cómo?... ¡Si fueran!... Ellos son, sí, ellos son... Voy á hablarles...

SCHWARTZ. — ¡Cuidado! ¿Quién viene?

KOZINSKY. — ¡Señores míos, perdonadme! No sé si me equivocó ó no me equivocó.

MOOR. — Y ¿quiénes somos, si no os equivocáis?

KOZINSKY. — ¡Hombres!

SCHWEIZER. — ¿No lo hemos probado, capitán?

KOZINSKY. — Busco hombres, que miran á la muerte cara á cara, y juegan con los peligros como con serpientes domesticadas, que estiman en más la libertad que el honor y la vida, y cuyos meros nombres, gratos á los pobres y oprimidos, acobardan á los mas valientes y hacen palidecer á los tiranos.

SCHWEIZER. (Al capitán.) — Me place este joven... Oye, buen amigo, has encontrado á quienes buscabas.

KOZINSKY. — Lo creo, y espero que seréis mis hermanos dentro de poco... así, mostradme el hombre verdadero que me trae, esto es, vuestro capitán, el gran Conde de Moor.

SCHWEIZER. (Apretándole la mano con calor.) — ¡Amable joven! Tuteémonos los dos

MOOR. (Acercándose.) — ¿Conocéis al capitán?

KOZINSKY. — Tú eres... Este rostro... ¿quién podrá mirarte y buscar á otro? (Contemplándolo fijamente.) Siempre había deseado ver al hombre de mirada fulminante, sentado en las ruinas de Cartago. Ya no lo deseo.

SCHWEIZER. — ¡Rápido como el relámpago!

MOOR. — Y ¿qué te trae junto á mí?

KOZINSKY. — ¡Oh capitán! Mi destino más que cruel... He naufragado en el océano tempestuoso de la vida; he visto desvanecerse mis más lisonjeras esperanzas, y sólo me resta el doloroso recuerdo de su pérdida, que trastornaría mi razón, si no trabajara en ahogarlo, empleando mi actividad en otras empresas.

MOOR. — ¡Otra acusación contra la Divinidad!... Pero prosigue...

KOZINSKY. — Fui soldado. La desgracia me persiguió en esto también... navegué hacia las Indias orientales, y el bajel que me llevaba se hizo pedazos contra los escollos...

¡Planes nunca realizados! Al fin, oí hablar por todas partes de tus hazañas, de tus incendios, como les llamaban, y he caminado hacia aquí más de veinte millas para ponerme á tus órdenes, si aceptas mis servicios. Ruégote, digno capitán, que no los rechaces.

SCHWEIZER. (Saltando.) — ¡Heisa, heisa! He aquí á nuestro Roller, mil veces reemplazado con ventaja. Un buen compañero de nuestra banda.

MOOR. — ¿Cómo te llamas?

KOZINSKY. — Kozinsky.

MOOR. — ¿Te atreves, Kozinsky? ¿Sabes acaso que eres un mancebo imprevisor, y que, como burlando, das el paso más importante de tu vida, cual lo haría una doncella irreflexiva?... Aquí no vienes á jugar á la pelota ni á los bolos, como imaginas.

KOZINSKY. — Sé lo que quieres decir... Tengo veinticuatro años, pero ya he visto brillar las espadas y oído silbar las balas.

MOOR. — ¿Tan joven?... Y ¿has aprendido á pelear para derribar por un miserable thaler al pobre caminante, ó herir en el vientre por la espalda á las mujeres? ¡Véte, véte! Acabas de escapar de tu nodriza, porque te ha amenazado con la vara.

SCHWEIZER. — Por el diablo, ¿qué haces, capitán? ¿en qué piensas? ¿vas á rechazar á este Hércules? Mira no sea capaz de lanzar más allá del Ganges, con una cuchara de palo, al mismo mariscal de Sajonia.

MOOR. — Porque no prosperan tus niflerías vienes aquí, ¿y quieres ser un bribón y un asesino?... ¿Sabes tú lo que significa asesinar? Puedes dormir tranquilo si has cortado cabezas de adormideras, pero llevar un homicidio en el alma....

KOZINSKY. — Yo seré el responsable de toda muerte, que tú me ordenes.

MOOR. — ¿Cómo? ¿Eres tan avisado? ¿Te propones acaso engañar á todo un hombre con adulaciones? ¿De dónde ha llegado á tu noticia que yo no tenga pesadillas mortales, ni pueda palidecer en mi lecho de muerte? ¿Has hecho tantas cosas que puedas asumir esa responsabilidad?

KOZINSKY. — ¡Muy poco, en verdad! ¡Este viaje en tu busca, noble Conde!

MOOR. — ¿Te ha contado tu preceptor la historia de Robin Hood?... Canallas semejantes debieran ir á galeras... ¿Habrá exaltado tu infantil fantasía, é inspirádote el loco afán de hacerte hombre grande? ¿Te ha excitado á ganar nombre y fama? ¿Querrás lograr inmortalidad con maldades? ¡Cuidado contigo, joven ambicioso! Para los criminales no son las coronas de laurel, ni los triunfos para los bandidos... sino las maldiciones, los peligros, la muerte y el oprobio... ¿Ves allá, en la colina, la horea?

SPIEGELBERG. (Paseándose de mal humor.) — ¡Qué estupidez! ¡qué horrible, qué imperdonable estupidez! ¡Así no es! Yo sigo otro método.

KOZINSKY. — ¿Qué temerá quien no teme á la muerte?

MOOR. — ¡Bravo! ¡sin igual! Tú has sido buen estudiante en la escuela, has aprendido tu Séneca, sin errar un punto... Pero, apreciable amigo, con tales sentencias no aturdirás la natural compasión, ni harás enmudecer las punzadas del dolor... ¡Reflexiona bien, hijo mío! (Tomándole la mano.) Piensa; te aconsejo como un padre... ¡Mide la profundidad del abismo, antes de precipitarte en él! Si puedes ganar en el mundo un solo amigo... llegarán momentos en que tú... despiertes, y entonces... puede ser ya tarde. Tú te separas por completo del resto de la humanidad... y has de ser un hombre superior á un diablo... ¡Otra vez te lo digo, hijo mío! Si el más leve relámpago de esperanza brilla para tí en cualquiera parte, abandona esta reunión horrible, que sólo infunde desespera-

ción, si una sabiduría superior no nos anima... Puede uno equivocarse... es posible que llamemos energía del alma á lo que al fin es tan sólo desesperación... Créeme, créeme; véte de aquí sin tardanza.

KOZINSKY. — ¡No; no huyo de aquí! Si mis súplicas no te mueven, oye la relación de mis desdichas... Tú mismo me obligarás á tomar con mis manos el puñal, tú... Siéntate en tierra, y escúchame atento.

MOOR. — Te escucharé.

KOZINSKY. — Sabed, pues, que soy un bohemio noble, y por la temprana muerte de mi padre heredé bienes cuantiosos. El lugar era un paraíso... porque encerraba un ángel... una doncella, adornada de todos los encantos de la más floreciente juventud, y pura como la luz del cielo. Pero, ¿a quién lo digo? ¡Pasará inadvertido!... Nunca habréis amado, nunca habréis sido amado.

SCHWEIZER. — ¡Poco á poco! Nuestro capitán se pone encendido como la grana.

MOOR. — ¡Calla! Otra vez te escucharé!... Mañana, pronto, ó... cuando yo vea sangre.

KOZINSKY. — Sangre, sangre... Oye más. La sangre, te aseguro, inundará tu alma. Ella era de la clase media, una alemana... pero sus ojos desvauecían todas las preocupaciones de la nobleza. Con tímida modestia recibió de mis manos el anillo nupcial, y á los dos días había de llevar á Amalia al altar. (Moor se levanta precipitadamente.) Cuando la dicha que me aguardaba me enloquecía, en medio de los preparativos de mi boda... me citan á la corte por un expreso. Fui allá. Enseñaronme cartas, escritas, según decían, de mi mano, llenas de traición. Enrojeí de esta maldad... quitaronme mi espada, me encerraron en la cárcel y perdí el uso de mis sentidos.

SCHWEIZER. — Y mientras tanto... pero sigue... ya advino la conclusión.

KOZINSKY. — Estuve allí un mes largo sin saber lo que me sucedía. Mi inquietud por Amalia era grande, y cada minuto una muerte para ella, temiendo mi desgracia. Apareció al fin el primer Ministro de la corte; manifestó sus deseos de que se descubriese mi inocencia, empleando palabras melosas; me leyó la providencia, en que se me ponía en libertad, y me restituyó mi espada. Corro entonces en triunfo á mi castillo para volar á los brazos de Amalia... había desaparecido. Habíanla robado á la media noche, y nadie sabía su paradero. Nadie la había visto después. Rápido yo como el relámpago, me encamino á la ciudad, pregunto en la corte... todos los ojos se fijaban en mí, pero no obtuve respuesta alguna... Al fin la descubro en el Palacio, guardada por una reja oculta... echóme un billete.

SCHWEIZER. — ¿No lo dije yo?

KOZINSKY. — ¡Infierno, muerte y diablo, allí estaba! Se le había dado á elegir entre mi muerte, ó ser la concubina del Príncipe. En lucha con el deber y el amor, se decidió por el último, y (sonriendo) así me salvé!

SCHWEIZER. — ¿Qué hiciste tú?

KOZINSKY. — Quedéme como herido de mil rayos... ¡Sangre! fué mi primer deseo; ¡sangre! el último. Echando espuma por mi boca corro á mi casa, escojo una espada de agudo filo, me precipito en busca del Ministro, porque él... sólo él había sido el infame intermediario. Hubieron de verme desde la calle, porque al subir yo, todos los aposentos estaban cerrados. Registro y pregunto. «Ha ido á ver al Príncipe,» me responden. Salgo en derechura al Palacio, y tampoco me dieron razón de su paradero. Retrocedo, hago saltar las puertas, le encuentro, y ya estaba á punto de... cuando se presentaron cinco ó seis criados, que estaban en emboscada, y me quitaron el arma de las manos.

SCHWEIZER. (Dando con el pié en tierra.) — ¿Y nada sufrí, y tú regresaste sin vengarte?

KOZINSKY. — Fui preso, acusado, procesado cruelmente, declarado infame... ¡notad esto!... y, por gracia especial, condenado al destierro; mis bienes fueron confiscados en provecho del Ministro; mi Amalia quedó entre las garras del tigre, suspirando y llorando su suerte, y yo ayunando en mi venganza y bajo el yugo del despotismo.

SCHWEIZER. (Levantándose y agitando su espada.) — ¡Agua es esta para nuestro molino, capitán! Hay aquí algo que encender.

MOOR. (Que, despues de pasearse en ademán colérico, dice de repente á los bandidos.) — Debo verla... ¡Arriba! Juntaos pronto... te quedas con nosotros, Kozinsky... ¡Preparaos todos sin tardanza!

LOS LADRONES. ¿Adónde? ¿Cómo?

MOOR. — ¿Adónde? ¿Quién pregunta adónde? (Colérico á Schweizer.) ¿Me quieres detener, traidor? Pero por la esperanza del cielo...

SCHWEIZER. — ¿Traidor yo?... ¡Anda al infierno; ya te sigo!

MOOR. (Abrazándolo.) — Hermano de mi corazón; tú me sigues... Ella llora; ella se lamenta de su suerte. ¡Arriba! ¡Pronto! ¡Todos! ¡A Franconia! Dentro de ocho dias estaremos allá. (vanse.)